

Samuel A. Lillo

Algunos de los primeros colaboradores del Ateneo

(De mi próximo libro, *Espejo del Pasado*)



ON Santiago Aldunate Bascañán, nuestro primer presidente, fué el hombre generoso que, con más nobleza y abnegación, se dignó ayudarnos en los tiempos en que las manifestaciones artísticas de un profesional eran consideradas como flaquezas de espíritu impropias de varones prácticos y equilibrados.

Don Santiago Aldunate sacrificó muchas veces por el Ateneo su provecho pecuniario, pues pagó con disminución de clientela su grata afición al arte y su cariño por los muchachos y las academias.

Sus antiguos compañeros recordaremos siempre la imagen varonil y atrayente de este hombre excepcional que, desde los países en donde representó después a Chile, mantuvo siempre vivo en su corazón el amor por este Ateneo, a cuyo nacimiento y desarrollo había él contribuído tan valiosamente: «No descuiden el Ateneo, solía escribirme desde Roma o desde Wáshington para que no tenga la vida efímera de otras corpo-

raciones análogas americanas. Mantengan la altura y la dignidad de su tribuna y no pierdan el contacto con la juventud. De este modo, creo que el Ateneo de Chile podrá llegar a ser la primera institución cultural de América».

Algo hicimos de lo que él dijo. El Ateneo, como se verá en estas memorias, mantuvo el gusto por las letras y el respeto por la cultura durante más de treinta años de labor continua y eficiente.

El Prosecretario, Diego Dublé, de cuyos afanes y trabajos ya hemos hablado, fué también uno de los más activos colaboradores literarios.

Dublé era en 1899 un muchacho alto, delgado, moreno, con los ojos claros y vivos, la cabeza echada atrás y el andar nervioso y precipitado.

Traía del Instituto Nacional fama de travieso y revoltoso, fundador y empresario de periódicos satíricos que volvían locos a los inspectores, y autor de caricaturas que fueron legendarias.

Al fundarse el Ateneo acababa de obtener dos triunfos literarios: el éxito brillante de su libro «Veinte Años» y un premio en un certamen poético presidido por Pedro Antonio González.

Con estos antecedentes, gozaba de reconocido prestigio en los diversos círculos y era como una especie de condotiero de la muchachada.

Este poeta fué uno de los primeros en cantar las tierras de Arauco, donde naciera.

Sus versos llenos de sinceridad, impregnados de los

aromas campestres de las tierras australes y palpitaba en ellos la triste resignación del aborigen o la rebeldía trágica del minero.

Dublé era entonces el más criollo de los jóvenes cantores de Chile.

Entre los que al principio nos prestaron la generosa ayuda de sus consejos y de su talento, estaba don Marcial Martínez, la más prestigiosa figura del foro en aquella época.

Su silueta era inconfundible por sus rasgos fisonómicos y por su vestimenta. Usaba unas anacrónicas partillas a lo Francisco José de Austria y chaquet o levita de un corte inglés irreprochable, lentes, bastón y lustroso colero plomo o negro. Parecía un gentleman recién llegado de Londres. Los estudiantes de Derecho admiraban en él no sólo la ciencia de sus alegatos, sino la viveza de su palabra irónica y displicente con que solía tratar, a veces, a sus contendores, a quienes daba en ocasiones el golpe final con alguna de sus salidas oportunas e ingeniosas.

Cuando alegaba don Marcial había fiesta en los tribunales, tal era la afluencia de abogados y estudiantes en los estrados de las cortes.

El señor Martínez habló en nuestra velada inaugural, como ya lo dijimos, y después tomó parte en varios de los debates que se verificaron en las sesiones posteriores.

Recuerdo su actuación en las discusiones de la reforma de los estudios universitarios, y especialmente su actitud en una noche en que parecía estar en vena.

Cuando a don Marcial no le gustaba el adversario, se le olvidaban los apellidos o cambiaba el primero por el segundo.

El contendor en esa ocasión era el distinguido catedrático de Derecho Constitucional don Alcibiades Roldán, una autoridad en su ramo. El señor Roldán no se descuidaba con don Marcial y le salía a menudo de través y con éxito.

El señor Martínez empezó a perder, junto con la seguridad de sus afirmaciones, la memoria de los apellidos de su adversario.

De improviso decía: «En esto no tiene razón mi distinguido amigo el señor Rondizoni... Don Alcibiades, que comprendía el juego, le interrumpía tranquilamente diciéndole: Roldán, señor, si me lo permite; y el público sonreía.

En tanto el señor Martínez reanudaba imperturbable su frase: «Como decía, en esto no tiene razón, mi distinguido amigo el señor Rondanelli.

El señor Roldán también imperturbable corregía: Roldán, si me permite el señor Martínez. Y ya el público reía a toda boca.

Pero esa noche no la ganó don Marcial. Después de bautizar tres o cuatro veces al señor Roldán con distintos apellidos, terminó suprimiéndoselos todos, para llamarlo mi distinguido contrincante y, mientras iba a sentarse muy suelto de cuerpo ajustándose, como tenía costumbre, los lentes sobre la nariz, subía el señor Roldán a la tribuna. Con su palabra serena de macs-

tro preparado en el palenque de 30 años de cátedra, deshizo el señor Roldán muchas de las proposiciones del señor Martínez y a pesar del ambiente desfavorable creado contra él, sostuvo valientemente con razones y con hechos la justicia de su causa.

Emilio Rodríguez Mendoza acogió con simpatía la idea de fundar un nuevo Ateneo.

Nos acompañó en la reunión preparatoria que tuvimos en la imprenta La Tarde.

A él le debo los primeros dolores de cabeza y el principio de esta vía crucis literaria que iba a durar más de 30 años.

Rodríguez Mendoza, que era firme y pronto en sus resoluciones, como lo es hasta ahora, al ver la indecisión de los concurrentes y que nadie se atrevía a tomar la iniciativa del asunto, dijo: «Yo propongo que presida Samuel Lillo y que sirva de secretario Diego Dublé. Ellos nos han invitado y ellos sabrán mejor que nadie exponernos sus ideas sobre el nuevo Ateneo». Todos accedieron y así empezó nuestra querida institución.

Por desgracia, la carrera diplomática a que había ingresado con brillo Rodríguez Mendoza, nos privó algunos años después, de su valiosa cooperación.

No obstante, en las temporadas en que volvía a Chile, se incorporaba a nuestras filas con el mismo entusiasmo juvenil de los primeros tiempos.

Han quedado perdurables recuerdos de sus interesantes conferencias, entre las cuales mencionaremos es-

pecialmente las que se titulaban: «El Dolor en el Arte» y «La Influencia del Arte en la cultura de los pueblos», que llamaron la atención por la originalidad de los conceptos y la valentía y el vigor de la expresión.

Cuando Rodríguez Mendoza dejó la diplomacia para ocupar un alto cargo en la administración, se dedicó a publicar sus novelas y ensayos que han dado gloria a su nombre y prestigio al país, e ingresó al directorio del Ateneo y presidió varias de sus últimas sesiones.

Rodríguez Mendoza es una de las más acentuadas personalidades literarias de Chile.

Su vida y sus obras guardan íntima correlación. Su estilo fuerte y desigual, lleno de sorpresas y novedades, es el que corresponde a su ademán altivo y a su palabra recia.

De él puede decirse que escribe como habla.

Enemigo de las medias tintas, encaró siempre con firmeza los aspectos de los hombres y las cosas y tuvo, por ello, polémicas y hasta lances de honor.

Los años no han debilitado sus ímpetus y aun ahora, cuando cruza por las calles, con su alta figura varonil, parece que esgrimiera su bastón anacrónico como si fuese una espada.

Don Pedro Nolasco Préndez que, en ese tiempo, estaba en el apogeo de su fama, accediendo a nuestras peticiones, venía a leernos algunos de sus poemas.

En el salón repleto, como siempre, cesaba de súbito el bullicio de los estudiantes: era el poeta que llegaba.

Con la frente alta, desafiadores el bigote y la pera a lo Napoleón III, cuidadosamente peinada la negra melena, con el robusto cuerpo envuelto en un macfarlán que parecía una capa española y acompañado de sus gentiles hijas que, según decían algunos, eran sus mejores poemas, avanzaba el vate con aire de triunfador.

Los jóvenes, como en los teatros de la antigua Grecia, se apresuraban a ponerse de pie y a ofrecerles sus asientos. Merecido homenaje que justificaban luego con exceso los recios y sonoros versos del poeta leídos o recitados sin exageración, con voz llena y vibradora, y con ademanes sobrios y elegantes.

El poeta conocía su público y lo dominaba.

Invitados por mí, llegaron de Valparaíso los poetas Carlos Pezoa Véliz y Víctor Domingo Silva.

El primero leyó su poema «Pancho y Tomás». No obtuvo gran éxito, ni aún entre los jóvenes.

No apreciaron los muchachos su técnica sencilla y disgustó a la gente seria su palabra ruda, casi brusca, enemiga de las medias tintas.

Entre los ateneístas, pasó casi inadvertida la gran personalidad de este poeta que buscaba, en sus estrofas fuertes y duras, la expresión verdadera del alma de este pueblo, obrero o campesino, forjada a golpes sobre la bigornia implacable del hambre y del dolor.

Su muerte prematura, en la sala común de hospital, despertó de su indiferencia a los que antes lo vieron debatirse por alcanzar una quimera, que siempre el destino le arrebató de entre las manos.

Sus desgracias pusieron de actualidad, por algunos días, sus composiciones últimas escritas en el asilo de los desamparados con la hiel de las desesperanzas eternas.

El poeta Ernesto Montenegro y otros amigos, algunos años después de su muerte, publicaron sus obras en un volumen con el título de «Alma Chilena».

A medida que el tiempo ha ido haciendo el balance de los valores literarios de su época, la figura de Pezoa se engrandece y toma sus perfiles definitivos. Sus poesías se aprecian altamente en las revistas de Chile y de los otros países de América, como en los mercados artísticos, los cuadros de aquellos pintores que tampoco conocieron la gloria ni el valor de las telas primorosas que dejaran.

Víctor Domingo Silva, en cambio, triunfó desde el primer momento. Vine, vi, y vencí pudo decir este César de la poesía, y con razón.

Huraños y rebeldes se mostraban los asistentes al Ateneo y era tarea de romanos, muchas veces, imponerse desde la peligrosa tribuna de Bilbao, en la cual ya habían fracasado algunos candidatos a genios.

Nervioso, moreno, de ojos oscuros y boca sensual, frente pequeña, cubierta en parte con un mechón de indómitos cabellos negros que, con un gesto peculiar, echaba hacia atrás, Víctor Domingo apareció en lo alto de la tribuna, como un gallo de pelea.

Y al escuchar el torrente abrumador de sus estro-

fas, «Es el Niágara», dijeron los muchachos agachando las cabezas, como para dejar pasar el torbellino.

Los versos del poeta llenaron el salón con sus ritmos sonoros, sus imágenes pintorescas, sus períodos oratorios que eran como un reto a los partidarios de Verlaine.

Se sintió repercutir bajo la bóveda de la Universidad un huracán de versos y de estrofas en que chocaban, con visos de pedrería, las metáforas de Hugo y de Andrade, los arranques de Pedro Antonio González y los ritmos vibradores de Rubén Darío y, por encima de este oleaje tumultuoso, la figura personalísima del poeta que iba a ser por muchos años uno de los líricos más altos de la América.